

vertencia, que no está distante de parecer un consejo.

Un Convidado que las mujeres sienten mucho, pero honestamente; y escriban poco, pero tarde en tardar. son un Convidado que se esfuerza a las mujeres a escribir.

Nosotros que concebimos la pasión entre dos personas privadas que nunca han hablado de amor, la concebimos también entre dos personas que nunca han escrito de amor.

Hecha dicha que la concepción de la pasión es posible sin embargo, sin embargo, que la concepción por escrito es más difícil.

A los tres meses de ausencia prescribo la jurada, según se lee en el código del amor.

La fe jurada no puede ser de prescripción.

Suponemos que en ese código habrá un artículo, que diga: "La correspondencia escrita interrumpe la prescripción" pero aún así es de todo punto inaceptable aquella ley.

No somos tan injustos que condenemos las cartas de amor por el abuso que de ellas, al decir de la generalidad, surta hacer algunos amantes en un exceso de calor y en un exceso de frío.

Nada más lejos de nuestra propósito sin embargo, por término de este capítulo vamos a dirigir a nuestras amables lectoras una ad-

salva las distancias. ¿Queréis el hombre de trieta o empuñada? El amor es un animal que termina de dar en poder. La canchida del autor de esta máxima es algo comparable con la canchida del que la apaluda.

CAPITULO SESTO.

EL MATRIMONIO.

I.

Si nos propusiéramos rebatir todas las vulgaridades que se han escrito y dicho acerca del matrimonio, formaríamos libros para una biblioteca; en vez de formar APUNTS PARA UN LIBRO.

La historia del matrimonio es la historia de la humanidad.

Dos seres crió Dios en el principio, y los crió para que se amaran, se unieran y viviesen de consuno. El aura del paraíso llevó en sus alas el primer suspiro de amor; el primer lecho nupcial fué un lecho de flores nacidas á impulso de una palabra del Eterno, y acariciadas dulcemente por su hálito soberano. La obra de Dios atraviesa los siglos y

salva las distancias. ¿Querrá el hombre destruirla ó enmendarla?

El amor es un sainete que termina de ordinario en boda.

La candidez del autor de esta máxima es sólo comparable con la candidez del que la aplaude.

El amor debe considerarse como un gran poema, cuyo canto primero es el matrimonio.

Si un poeta latino dijo *cave de nuptiis*, mil poetas anteriores, coetáneos y posteriores han dicho que el buen matrimonio anticipa en la tierra la felicidad del cielo: si vivieron en soltería Alejandro y Annibal, Platon y Homero, Virgilio y Horacio, un millar de héroes por cada Alejandro y cada Annibal, un millar de filósofos por cada Platon, y muchos millares de poetas por cada Homero y cada Horacio, y cada Virgilio, han doblado su cerviz bajo el yugo de himeneo.

Un proverbio muy antiguo enseña que el que se casa lleva la mano á un cántaro donde hay noventa y nueve culebras y una anguila. ¿Quién acertará con la buena presa?

Ese proverbio debe estar equivocado: donde dice *el que se casa*, léase *la que se casa*.

Cuentan de Pitágoras, que habiendo dado su hija en matrimonio al mayor enemigo que tenía, y reconvenido por conducta tan extraña, "no puedo, respondió el filósofo, darle

mayor prueba de rencor ni ocasionarle mayor mal."

De este hecho, que *si non e vero e ben trovato*, sólo una consecuencia viene á deducirse: ¿qué tal sería la hija de Pitágoras!

No es posible, según Ciceron, casarse á un tiempo con la filosofía y con una mujer.

Sin embargo, Ciceron, fué filósofo y casado.

El matrimonio es de todas las cosas serias la más divertida.

Esta sentencia, que se atribuye á Beaumarchais, sería más exacta concebida en estos términos:

El matrimonio es, de todas las cosas divertidas, la cosa más verdaderamente seria.

Casarse es perder la libertad y entrar en la esclavitud: esto dice el vulgo.

Casarse es adquirir la santa libertad del espíritu y sacudir la tiranía de las pasiones: esto dice la razón.

Leemos en Mad. Stäel, que el sacramento del matrimonio no borra, como el del bautismo, las manchas originales.

No comprendemos la profundidad ni la intencion de la máxima: presumimos, sin embargo, que madama Stäel no ignora que para los católicos el sacramento del matrimonio confiere la gracia.

En el matrimonio puede hallarse el infierno, ó el purgatorio, ó el paraíso.

Al primero se camina cuando guía solamente la cabeza: al segundo puede caminarsé cuando se obedece tan sólo á un arrebato del corazón: la gloria está reservada á los que la buscan con la cabeza y con el corazón.

Por eso pudo decir Petit-Senn con tanta justicia: "para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una buena mujer es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto."

¡Horrible tempestad! contra ella hay el para-rayos de la religion, de la razon ilustrada, de la ley, de la sociedad; y sin embargo, el insensato orgullo humano quiere que contra tal tempestad no haya mas para-rayos que la muerte.

Las avecillas bulliciosas que cantan en la enramada, las tórtolas que se arrullan tiernamente, la mariposa que révuela en torno de las flores, todo enseña al hombre con el lenguaje poético de la naturaleza esta verdad amarga y desconsoladora.

"Tú solo, rey de la creación, objeto predilecto del Criador, tú sólo te has rebelado contra la ley eterna que rige los espacios; tú sólo has podido hacer del amor un comercio y del matrimonio un asqueroso juego de azar."

Y el hombre no se avergüenza de su pequeñez; y la humanidad prosigue su camino.

Casarse, para el vulgo de los hombres, es un negocio como otro cualquiera; casarse, pa-

ra el vulgo de las mujeres, es adquirir un marido, tener derecho de salir sola á la calle, y cambiar por el de *señora* su título de *señorita*.

Casarse, para un hombre y para una mujer de talento, es dar la mitad de su alma y tomar otra mitad: si ambas mitades se adaptan exactamente, hé ahí el paraíso; si no se adaptan, si de dos existencias que eran ántes completas, vienen á resultar dos incompletas, hé ahí el infierno.

Medid muy bien, vosotros los enamorados, las proporciones del alma que entregais y las del alma que se os entrega. Ese es todo el secreto.

El *sí* que se pronuncia en los altares lleva su eco misterioso hasta el confin de los cielos. Dios lo escucha.

Aquel *sí* encierra todo un himno, ó toda una elegía: todo un tesoro de ternura y de felicidad, ó un mar insondable de llanto y de aflicciones.

Aquel *sí* es la sentencia de vida ó muerte para el corazón y quizá para el espíritu.

Meditad mucho en esa palabra tan corta de pronunciarse y tan larga de sentirse; de solas dos letras consta, y es capaz de llenar todo el libro de la vida; en ménos de un segundo se profiere, y dura por toda la eternidad.

El matrimonio es un magnífico alcázar que no tiene más que una puerta: *el amor*.

Algunos aseguran que tiene tambien puerta falsa: *el interés*; pero esa está reservada para los séres más abyectos, para toda clase de gente ordinaria.

Los que aspirais á entrar por la primera, purificad vuestro corazon; ni de pensamiento profaneis el santuario. Los que aspirais á entrar por la segunda, no os goceis porque el código penal no establece para vosotros cadenas ni presidios, como para el resto de los malhechores: la justicia del cielo alcanza á donde no puede llegar la justicia de la tierra. ¿Qué más cadena, ni cuál otro presidio que el que vosotros mismos aceptais?

Y, sin embargo, á la mujer no se la educa; se la deja todavía expuesta al riesgo constante de su perdicion.

Se la enseña á adornarse, á ser, ó á lo ménos parecer bella, á tener amor; y no se la enseña á distinguir de amores, y no se la enseña á conocer á los hombres sino por las galanterías que le dirigen, ó tal vez por las asechanzas que ponen á su inocencia.

¡Pobre condicion de la mujer!

No le basta al exigente sexo nuestro obtener el derecho de *elegir*, y escatimar al sexo débil hasta el derecho de *aceptar*, sino que abusa de la superioridad de sus recursos; y abusa de nna manera cobarde, añadiendo el insulto á la crueldad; llamando á las mujeres arteras y diabólicas.

¡Arteras, cuando todo su arte se reduce á esperar tal vez á un malvado que las engañe!

¡Diabólicas, cuando por cada infidelidad que el hombre les perdona, despues de publicarla, perdonan ellas al hombre más de ciento, y en silencio!

Es difícil aventurar juicio alguno acerca de las mujeres cuando se casan; por lo comun carecen de la conveniente educacion, é ignoran la importancia del paso que van á dar.

En este concepto puede muy bien decirse que la mujer es un enigma que no se explica hasta despues del matrimonio.

La primera tarea del marido, por regla general, debe ser educar cariñosamente á su compañera. La mujer no será, pues, sino el reflejo de las virtudes ó de los vicios del marido.

No es esto decir que haya tantas mujeres infieles como maridos disipados; ni que no abunden mujeres de corazon de oro unidas á hombres de corazon de barro, mártires verdaderas del juramento conyugal. No es eso por fortuna.

Los vicios del marido no se reflejan siempre en vicios análogos de la mujer. (¿Qué fuera entónces de la sociedad?) Se reflejan en los sufrimientos, en las lágrimas, en la inmensa amargura de la infeliz que engarzó su alma pura é inocente con una alma dañada y corroida.

Las virtudes del marido se reflejan siempre en virtudes análogas de la mujer.

Es tan fácil una mujer buena unida á un hombre malo, como difícil que permanezca siendo mala la mujer que se juntare á un hombre bueno.

Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan con el doble vínculo de la virtud y del amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida: un ángel le sirve de piloto: su rumbo es la inmortalidad: su puerto el cielo.

II.

Apenas hay ciencia moral y política, que no destine al matrimonio un capítulo importante.

La teología estudia el sacramento.

La jurisprudencia estudia el contrato.

La economía política estudia las consecuencias.

La literatura lo estudia todo.

Y, sin embargo, el matrimonio constituye por sí sólo una ciencia más difícil que todas las mencionadas.

“Quien en casarse acierta, en nada yerra.”
dice un proverbio castellano. Ese proverbio

contiene una gran verdad.—No nos proponemos dar reglas acerca de la elección de mujer; si nos juzgásemos con autoridad bastante, las daríamos para la elección de marido.

La mujer se encuentra, no se busca.

Pregunta suelta. El estado de matrimonio, ¿es preferible al de soltería?

Respuesta categórica: y sí.

“No es bien que el hombre esté solo, dijo Dios en el principio del mundo: le haré una compañera.”

Y si no era bien que estuviera sólo en medio de un paraíso de delicias, á la vista y contemplación de la virgen naturaleza, rica de galas y esplendente de hermosura, ¿cómo había de serlo después, cuando al estado de gracia sucedieron las pasiones y las debilidades, y al amenísimo jardín donde crecía el árbol de la inmortalidad, reemplazó el arenoso desierto de la vida?

¡Felices vosotros los que al cruzar ese desierto habeis aspirado el aroma de una rosa, ó habeis visto brotar una fuente cristalina, ó habeis escuchado, en fin, el eco murmurador del céfiro que mece á la rosa sobre su tallo, y esparce las gotas de agua donde se reflejan los rayos del sol, como una lluvia celeste de rubíes y esmeraldas!

¡Felices vosotros, los que en medio de vuestra peregrinación aspirásteis el aroma

de pureza de una mujer sensible y apasionada, y vísteis rodar por sus mejillas una lágrima de ternura, perla caída del tesoro del amor; y escuchásteis el primer suspiro de casto arrobamiento, eco venturoso que sólo cede en dulzura y armonía á los cantos angélicos que vagan por las mansiones de la gloria! ¡Felices vosotros una y otra vez!

Vuestra dicha no la comprenden las almas vulgares, adormidas para todo sentimiento noble, despiertas sólo al sonido del metal.

Vuestra dicha no la comprende esa juventud de hielo que aprende á contar antes que á leer; esa juventud que nace vieja, que ignora la ciencia santa del corazón y desprecia la de la cabeza; miserable juventud! ¡Menguados espíritus sin fé y sin ilusiones!

Y todavía se desatiende la educación de la mujer; y se la deja á sabiendas en el riesgo de precipitarse, de labrar su infortunio para siempre!

De cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre á quien dan su mano, á quien se unen con vínculo indisoluble.

Y es natural; de esas noventa y seis, una gran parte cambia de estado á una edad en que, como dice un autor alemán, hay más sentimiento en su corazón que luz en su entendimiento; y el resto se une en hora más ó

ménos feliz á un hombre *aceptado*, pero no á un esposo *escogido*.

No queremos hablar de los matrimonios de familia; de esas absurdas combinaciones que imagina la codicia, favorece el orgullo, y lleva á cabo el espíritu diabólico de la vanidad.

Esos sacrificios impuestos serian la caricatura del amor y el matrimonio, si no trajeran en pos de sí raudales de llanto, y larga serie de penalidades y conflictos.

El sainete de un amor forzado termina con la tragedia de un matrimonio infeliz.

Dícese que entre la gente más abyecta de algunas localidades se ajustan las bodas y aun se descomponen por un más ó ménos en la operacion aritmética que se llama contrato matrimonial. Si es cierto que existen semejantes uniones, serán más bien una sociedad mercantil que un santo consorcio, base del edificio social.

No hablemos tampoco de esos matrimonios ridículamente desiguales, en que al lado de un tronco viejo y carcomido se planta una azucena esbelta y vigorosa; no hablemos de ellos por decencia: son de ordinario el testimonio más repugnante que puede ofrecer una sociedad corrompida y sin creencias.

En los matrimonios que á primera vista aparecen como más regulares y convenientes, queda todavía mucho por desear. Ya lo he-

mos, consignado en otro párrafo; de cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre á quien dan su mano, á quien se unen con vínculo indisoluble. ¿Quién es capaz de conocer á un hombre?

¿Qué mujer hay tan hábil que por su propio instinto, único recurso con que cuenta, distinga el cariño del interés, la ficción de la verdad, la hipocresía, en fin, de la virtud?

Ella, que si es noble y generosa, anhela solo pruebas de amor; ella, que tiene siempre un tesoro de ternura para corresponder á una frase de benevolencia, ¿dónde ha aprendido á quilatar la sinceridad de las palabras que se le dirigen? ¿Quién la ha enseñado á separar en amores el oro del oropel?

¡Triste alarde de astucia el del hombre que engaña á una mujer! ¡Horrible negocio el del menguado que llega á los altares sólo por hacer negocio!

¿Quién á dicho al hombre, si el hombre es honrado, que va á ser fortuna suya la fortuna de su mujer?

¿Quién ha podido juntar con la idea de matrimonio la idea de venta de la libertad, la idea de bastarda especulación?

¡Dichosos los pobres, cuyos amores y cuyos enlaces proceden siempre de los impulsos del corazón! Esos amores son los que más se parecen á los de las aves del campo,

á los amores puros y sencillos de la pródiga naturaleza.

La historia del matrimonio es la historia de la mujer, y una y otra constituyen la historia de los progresos de la humanidad.

En la remota civilización del antiguo Oriente la mujer ofrece los caracteres de la más humillante dependencia; la poligamia domina por todas partes. En la culta Roma la mujer descende en el termómetro de la personalidad hasta cero, y aun más abajo de cero.

La doctrina celestial del Salvador del mundo devolvió á la mujer sus derechos; hizo de la esclava compañera, sancionó la union con el hombre de una manera solemne, y puso el cimiento á la nueva sociedad, que se alzó robusta sobre las ruinas de la sociedad antigua.

La historia del matrimonio y de la mujer forman la historia de los verdaderos progresos de la humanidad; ó, como si dijéramos, acompañan paso á paso la historia del cristianismo.

Nada hay, pues, más léjos del espíritu de esa doctrina sobrehumana que los sacrificios impuestos, y las torpes miradas de la sensualidad, de la ambicion, ó la avaricia.

El esposo y la esposa entre los cristianos, dice el gran Chateaubriand, viven y mueren y renacen juntamente; crian á la par los frutos queridos de su union, á la par se redu-